

Reseñas

Stephen Crane, *La Roja Insignia del Valor*, traducción de Jesús Zulaika Goicoechea, México, Origen/Planeta, 1985. 190 p. (Best Sellers, 67)

Ana Rosa Suárez Argüello

Publicada por primera vez en 1895, *La Roja Insignia del Valor* es, como señaló Ernest Hemingway, una de las mejores obras de la literatura norteamericana. Partícipe del naturalismo, su autor, Stephen Crane (1871-1900), encontró en la brutalidad de la Guerra de Secesión, uno de los primeros ejemplos de guerra moderna —combinación indiscriminada de matanza mecanizada con combate cuerpo a cuerpo—, abundantes motivos para seguir los cánones de esa corriente artística dispuesta a exponer todas las experiencias humanas sin importar cuán sórdidas o repugnantes fuesen. No en balde se refiere a la guerra como a la “batalla roja, el dios de la sangre henchido” (p. 32).

La novela narra la experiencia de un grupo de voluntarios de la Unión, en uno de los tantos encuentros en los que las tropas “azules” se enfrentaron a las “grises” de la Confederación. Fluye el relato por boca de un recluta, Henry Fleming, para quien ese combate constituyó su bautismo de fuego y durante el cual no cesó de debatirse entre el pánico y los sueños de grandeza, sacudido por fuerzas que no podía controlar ni comprender y que finalmente tuvo que aceptar.

Con el deseo de participar “en uno de los grandes acontecimientos de la tierra” (p. 7), Henry se había alistado contra la voluntad de su madre, que decía quererlo en la granja familiar y temía —con un recelo claramente puritano— que aprendiese a beber y blasfemar. Pasó largos y tediosos meses en un campamento, en los que se había sentido ansioso por entrar en combate, por mostrar su patriotismo al igual que por probarse a sí mismo que podía llegar a ser un héroe, y desilusionado por no poder hacerlo. Mas justamente cuando parecía que había llegado la gran oportunidad, “el chico” o “él” —como casi siempre es mencionado— fue asaltado por “visiones terroríficas” (p. 26) en las que se veía huyendo mientras sus compañeros defendían la patria con valor. En efecto, sus temores se convertirían en realidad. Su reacción inicial en batalla, disparar al enemigo “con un total automatismo”, sin conciencia de sí mismo y no como individuo sino como “parte de un todo —un regimiento, un ejército, una causa, un país— amenazado” (p. 47), dejaría paso a una oleada de pánico que lo obligó a escapar y a unirse al “tropel sangrante de soldados” (p. 77) que se dirigía a la retaguardia.

Durante el penoso recorrido, Henry se debatió entre sentimientos contradictorios. Justificaba de mil y una maneras su huida, calificaba de “muy necios” (p. 59) a quienes no le habían imitado, pero contempló tantas muertes y tantas formas de muerte —cabe destacar la danza mortal de su camarada Jim Conklin (p. 79-82) o la descripción “científica” de un cadáver que comenzaba a descomponerse (p. 66-67)— que, paralelamente, sentía

vergüenza de no ser un herido más, de no haber ganado la "roja insignia del valor" (p. 77). Esperaba a la vez la victoria y la derrota de su ejército. La primera lo convertiría en un réprobo y lo abochornaría toda la vida, la segunda lo reivindicaría ante sí mismo y ante los demás pero lo haría considerarse cobarde.

Envidioso de quienes animosos se dirigían al frente, "el chico" comenzó a discurrir sobre un posible regreso. No obstante, vacilaba ante las dificultades —había perdido su fusil, no localizaría a su regimiento, se le acusaría de haber huido— y sus posibles soluciones —podía conseguir otra arma, unirse a otro regimiento, excusar su acción con la confusión del momento—. Todo lo cual apagaba su ardor bélico.

Fue entonces cuando, por casualidad, un soldado que creyó que Henry obstaculizaba su retirada le causó una pequeña herida en la cabeza. El dolor del golpe y su enorme cansancio le daban tan mal aspecto que otro soldado, compadecido, le ayudó a caminar y a encontrar su regimiento, para luego salir de su vida, sin haberle alcanzado "siquiera a ver el rostro" (p. 106).

Llegado al campamento donde sus compañeros de armas pasaban la noche, explicó su desaparición como pérdida y su fortuita herida despertó tal lástima —se supuso causada por la rozadura de una bala—, que no faltó quien le curase y enviara a descansar.

Mientras tanto la lucha continuaba. Poco después del amanecer, "el chico", con su regimiento, marchó de nuevo al frente. Sus temores no le habían abandonado, pero tan súbitamente como el día anterior le había invadido el pánico, comenzó a pelear con "salvaje y bélica demencia" (p. 180-181), dispuesto a todo por salvarse, sobre todo ante sus propios ojos, viviendo su batalla de buen soldado.

"El chico" luchó, a partir de entonces, con heroísmo inconsciente y se mostró como un auténtico valiente. Sin ignorar que el alto mando estaba dispuesto a sacrificar a su regimiento, de que sólo era parte de una "máquina difunta" (p. 159), peleó con furia y con resignación, sintiéndose "capaz de extremos sacrificios, de una muerte terrible" (p. 180). Se convirtió incluso en el abanderado de su grupo, cuando el responsable del estandarte cayó ante las balas enemigas.

Henry no perdió a la sazón la vida. Pero a partir de entonces vivirla la guerra como realidad que es menester pasar y no, como en sus ilusiones juveniles, como gesta épica.

A la par que valor literario, *La Roja Insignia del Valor* tiene validez histórica. Por más que su autor nunca había presenciado una batalla, los testimonios orales, escritos y gráficos en que se apoyó (entrevistas con veteranos, los escritos de *Battles and Leaders of the Civil War*, publicados por *Century*, importante revista norteamericana de la época casi totalmente escritos por excombatientes, fotografías tomadas durante el conflicto, etcétera) dieron a la trama gran autenticidad. De manera que cuando más tarde se quiso identificar la primera batalla de Henry, la información proporcionada por Crane permitió reconocerla como la de Chancellorsville, librada en Virginia entre el 1° y el 4 de mayo de 1863.

Asimismo elogiada por veteranos de la Guerra de Secesión

como un retrato preciso de las reacciones humanas bajo el fuego, la novela valdría al joven escritor el nombramiento de corresponsal de periódicos como el *Journal* y el *World* de Nueva York y la misión de cubrir la revuelta cubana contra España (1896), al igual que las guerras greco-turca (1897) e hispanoamericana (1898).

Mas al recrear con gran precisión la sutil fraternidad entre los combatientes, la resignación ante la muerte, las hogueras nocturnas, las quejas contra los superiores o la mala suerte, las marchas y contramarchas que parecían no tener sentido, en fin, al subrayar la futilidad de la guerra, Stephen Crane logró narrar no sólo la primera experiencia bélica de "el chico", uno de tantos soldados de la Unión, sino la de cualquier soldado en cualquier guerra padecida por la humanidad. Ello da a su *Roja Insignia* una calidad universal.

Paul J. Vanderwood, *Desorden y progreso, bandidos, policías y desarrollo mexicano*, México, Siglo XXI Editores, 1986, 269 p.

Laura B. Suárez de la Torre

El interés que los autores extranjeros manifiestan por el siglo pasado mexicano vuelve a producir una obra original. El autor se adentra en la historia del siglo XIX tomando un camino diferente. Dos tipos fundamentales de la convulsa sociedad mexicana serán los protagonistas principales de este relato: los bandidos, símbolo de desorden, y los policías, imagen misma del orden, dispuestos a combatir a aquéllos que trastocan e impiden establecer el sistema de progreso tan ansiado por los nacionales del pasado siglo. Ambos grupos tuvieron una gran relevancia en el escenario mexicano del XIX, periodo de la historia de México que se caracterizó por tratar de conseguir el desarrollo económico y político que permitiera inscribir al país dentro de las naciones progresistas.

Haciendo uso de un extenso material de archivo y de una abundante bibliografía, Vanderwood se propone ilustrar la manera en que estas dos orientaciones, supuestamente tan contrarias, orden y desorden, aparecen constantemente en las sociedades y cómo constituyen momentos importantes en la vida de los pueblos, por lo que hace referencia a otras realidades para mostrar que bandidos y policías han existido en otras sociedades.

Partiendo de la época colonial, como representativa de un orden establecido, y centrando su atención en el desarrollo mexicano decimonónico, los bandidos y los policías participarán de diferente manera en el devenir nacional, por ello no siempre encontramos a estos personajes realizando un papel único, sino que se prestan para tareas contrarias: vemos a algunos bandidos ejercer la autoridad como cuidadores de un nuevo orden u ofrecer sus servicios en momentos críticos para la soberanía nacional y viceversa, policías convertidos en bandidos por necesidad personal. Se preocupa nuestro escritor por demostrar de qué forma se dio esta transformación, cómo pudieron estos hombres actuar en